

B.1054
H7
V.2

MORAL UNIVERSAL

DEBERES DEL HOMBRE

TRADUCCION: POR D. M. R. M.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

126918

126918

MORAL UNIVERSAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS,
DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS, etc., ó
DEBERES DE LA VIDA PUBLICA, Y DE LOS
DIFERENTES ESTADOS.

CAPITULO PRIMERO.

Del Derecho de Gentes ó de la Moral de las Naciones, y de sus Deberes reciprocos.

EN la primera parte de esta obra hemos procurado establecer los principios de la moral sobre la naturaleza del hombre; analizando y definiendo las virtudes y los vicios, hemos dado á conocer las ventajas inapreciables de las unas, y las consecuencias deplorables de los otros; por medio de este examen hemos manifestado los motivos naturales mas poderosos para escitar á los hombres al bien, y retraerlos del mal; motivos que se fundan sobre sus propios intereses. En fin, hemos indagado la naturaleza y

Tomo II.

A

el fin de la vida social y de los deberes que esta impone. Apliquemos ahora los hechos, ó las esperiencias morales que hemos recogido á las diferentes sociedades de la tierra. Consideremos los deberes del hombre en sus varios estados, ó bajo las varias relaciones que puede tener con las criaturas de su especie, comenzando por el examen de los deberes recíprocos de las naciones que han repartido entre sí las diferentes partes de nuestro globo.

El género humano entero forma una vasta sociedad, de la cual son miembros las diversas naciones que ocupan la superficie de la tierra, alumbrados y fomentados sus individuos por un mismo sol, rodeados de las aguas del mismo Océano, formados de una misma manera, y animados de un mismo deseo de conservarse, de conseguir su bienestar y de alejar de sí el dolor. La naturaleza ha hecho semejantes en esto á todos los ciudadanos del mundo; de donde se infiere que la conformidad de su esencia los atrae y los reúne, establece relaciones entre ellos, hace que todos obren del mismo modo, y que sus acciones tengan una influencia necesaria sobre su existencia, y sobre su felicidad ó infelicidad recíprocas.

De estos principios incontestables se concluye evidentemente que los pueblos están ligados entre sí por los mismos vínculos y con los mismos intereses que cada hombre en una nación ó sociedad particular está ligado á cada uno de

sus conciudadanos: por consecuencia, cada nación debe observar para con las otras naciones los mismos deberes y reglas que la vida social prescribe á cada individuo para con los miembros de una sociedad particular. Una nación está obligada, por su propio interes, á practicar las mismas virtudes que todo hombre debe mostrar á su semejante, aunque sea extranjero ó desconocido. Un pueblo debe ser justo con los otros, es decir, está obligado á respetar sus derechos, sus posesiones, su libertad y su bienestar, por la misma razon que todo pueblo quiere que estas cosas que disfruta sean respetadas. Si, como suficientemente se ha probado, la justicia es el origen y manantial comun de todas las virtudes sociales, se sigue necesariamente que esta prescribe á cada pueblo que preste á los otros pueblos los socorros de la humanidad, y que les muestre benevolencia y compasion en sus calamidades, proteccion en su flaqueza y debilidad, y sinceridad, buena fe y fidelidad en las convenciones recíprocas ó tratados. Se sigue ademas de los mismos principios que para mantener la union y la paz, tan útiles á la mutua felicidad de las naciones, un pueblo, en fuerza de estas ventajas, debe mostrarse generoso con los otros pueblos, debe sacrificar alguna parte de sus derechos en obsequio de la concordia y de la gloria, y debe, en fin, no faltar á los respetos y consideraciones que los ciudadanos

del mundo tienen derecho á exigir los unos de los otros.

Los pueblos limítrofes se deben ciertamente la asistencia y los buenos oficios que se deben recíprocamente los vecinos de una misma ciudad. Los pueblos aliados, esto es, unidos mas íntimamente por sus comunes intereses, son amigos, y deben, por lo tanto, observar los deberes siempre sagrados de la amistad. Las naciones distantes entre sí se deben, por lo menos, recíprocamente justicia y humanidad, las cuales no deben ser desconocidas de ningún habitante de la tierra. Las naciones que están en guerra deben, por su interes mismo, limitar su odio, su cólera y sus venganzas, por la equidad, por la justa defensa propia, por la humanidad y por la piedad, tan poderosas para recobrar sus derechos de los hombres racionales, y para enternecerlos sobre la suerte de los desgraciados.

Estos son evidentemente los deberes que la naturaleza impone así á las naciones como á todos los hombres. Estos son los principios del *Derecho de gentes*, el cual, en el fondo, no es mas que *la moral de los pueblos*. Por no prestar la debida atención á unas verdades tan claras, se ha creído que la moral, destinada á ser la regla de las acciones de los particulares, no hablaba con los pueblos, ó con los gefes que los representan. Se ha pretendido que los soberanos y los estados se hallaban siempre en

el estado de naturaleza, opuesto constantemente al estado de sociedad. Mas semejante estado de naturaleza es visiblemente una quimera, una pura abstraccion. Siempre hubo una familia, la cual, multiplicándose produjo muchas familias ó sociedades, de las que nacieron las naciones que eligieron sus soberanos. Jamas, como se ha probado, el hombre estuvo solo ó aislado en la tierra. Luego que hubo muchas familias, sociedades ó naciones, establecieron entre sí relaciones mas ó menos íntimas, en razon de su situacion y de sus necesidades recíprocas; y estas relaciones ó necesidades producen los deberes, cuya reunion ó suma es el objeto de la moral.

Ademas de esto, si la moral debe fundarse en la naturaleza del hombre, debe convenir al hombre en su estado de naturaleza, y por consiguiente es la regla de la conducta de las naciones, aun en el estado mismo de naturaleza, en el que se supone que han quedado. Así que, por cualquier aspecto que se considere á los hombres, bien sea dispersos ó reunidos en grandes ó pequeñas masas, están siempre bajo el imperio de la moral; las mismas reglas comprenden á todos; á los mismos deberes se hallan sujetos; y todos están obligados á conformarse á estas reglas y deberes, so pena de incurrir tarde ó temprano en los castigos impuestos por la naturaleza misma de las cosas á la violacion de sus leyes.

Los hombres separados ó en cuerpo, en todos tiempos y en todo lugar son unos mismos. Las naciones son capaces de las mismas pasiones, y atormentadas de los mismos vicios que los individuos, pues que ellas no son mas en efecto que las agregaciones de estos mismos. Las costumbres nacionales, los usos buenos ó malos, las opiniones verdaderas ó falsas, no son mas que los resultados de la ignorancia, ó de la razon más ó menos cultivada del mayor número de los individuos que componen el cuerpo político. Un pueblo no es guerrero, sino porque las pasiones del mayor número se han convertido hácia la guerra: un pueblo es altivo y orgulloso, porque todos los ciudadanos se ensoberbecen con la prosperidad, la buena suerte, las riquezas, etc. Un pueblo es comerciante, porque los deseos de todos, ó de un gran número de sus ciudadanos, se dirigen á los metales y bienes que proporciona el comercio. Un pueblo, en fin, es injusto, inhumano y sanguinario, porque los hombres que le componen, están criados y nutridos con principios insociables.

Los legisladores, y los gefes de los pueblos son los que regularmente fomentan en ellos las pasiones, los gustos, los vicios, las preocupaciones y las locuras que los atormentan. El bandido Rómulo reunió bandidos y asesinos de todas partes: estos formaron, para desgracia de la tierra, una raza de bandidos ó guerreros que no conocieron otra virtud, otro honor, ni otra

gloria que el oprimir ó vencer á todos los pueblos del mundo. El ambicioso Mahoma formó de una tropa de Arabes unos furiosos y frenéticos que se tomaron por principio de religion el conquistar, y el difundir los delirios del Alcoran.

La gloria atribuida en casi todos los países á las conquistas, á la guerra, al brio y al valor, es un resto visible de las costumbres salvages, que subsistian entre todas las naciones antes de su cultura: aun en el dia de hoy no hay pueblos que se hallen del todo desengañados de esta preocupacion tan fatal al reposo del universo. Las mismas sociedades que deberian conocer mejor las ventajas de la paz, admiran las grandes hazañas, conciben la mas noble idea de la guerra, y no sienten todo el horror que se merecen las injusticias y los crímenes que lleva tras de sí.

¿Que es, en verdad, la guerra (fuera del caso de una justa y necesaria defensa), sino la violacion mas cruel de los derechos sacrosantos de la justicia y de la humanidad? Si un asesino, un ladron, un salteador de caminos son unos hombres detestables, ¿que indignacion no deberia escitar en todos los corazones un pueblo conquistador que por satisfacer su ambicion, por aumentar sus dominios, por saciar su venganza y su rabia, y algunas veces por contentar los caprichos de su vanidad, condena á perecer á millares de hombres, inunda los campos de

sangre, reduce los pueblos á cenizas, arruina en un momento las esperanzas del labrador, y, elevado insolentemente sobre las ruinas de las naciones y de los tronos, hace alarde de sus crímenes, y se vanagloria de los males sin número que ha hecho sufrir al género humano? *En tiempo de guerra, dice Thucydides, despierta la avaricia, la justicia es hollada, reinan la fuerza y la violencia, la disolucion toma un libre vuelo, el poder pasa á manos de los mas perversos de los hombres, los buenos se ven oprimidos, la inocencia arruinada, ultrajadas las matronas y las vírgenes, las comarcas destruidas, los templos asolados, violados los sepulcros..... En fin, el hambre y la peste acompañan siempre á la guerra.*

Estos son los objetos que sirven de recreo y entretenimiento á los pueblos furiosos, guiados por unos gefes injustos y crueles. Si alguna cosa hace al hombre inferior á las fieras, es sin duda la guerra. Los leones y los tigres combaten solo para satisfacer el hambre que los agita: el hombre es el único animal que con intencion determinada corre á la destruccion de sus semejantes, y hace alarde de su esterminio. Durante la dilatada permanencia de la República Romana, será quizá muy difícil el hallar una sola guerra justa y legítima; si el Romano bárbaro y feroz se vió atacado por otros pueblos, fue por lo comun para castigarle por alguna empresa injusta, ó por algun atentado á que él primero dió causa.

Mas la naturaleza cuida de castigar tarde ó temprano á los pueblos odiosos y aborrecibles, que se declaran enemigos del género humano: forzados á comprar sus conquistas y sus victorias á precio de su misma sangre, ellos mismos se debilitan; las riquezas acumuladas por la guerra los corrompen ó los dividen (1). Las guerras civiles vengan á las naciones oprimidas; el pueblo enemigo de todos los pueblos es acometido por todas partes; su imperio viene á ser la presa de cien naciones bárbaras, cuya cólera habian provocado sus victorias. Tal fue la suerte de Roma, la cual, despues de haber despojado, destruido y desolado al mundo conocido, vino á ser por último la presa de los Godos, Visigodos, Hérulos, Lombardos, etc.

A mas de esto, un pueblo continuamente sobre las armas no puede gozar por largo tiempo ni de un buen gobierno, ni de una felicidad verdadera y permanente. La guerra trae siempre consigo la licencia: las leyes callan durante el ruido de las armas: los soldados bárbaros é insolentes creen que estas no han sido hechas para ellos (2): los gefes se dividen,

(1)..... *Sevior armis
Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.*
JUVENAL, Sat. 6. vers 292

(2) « Vuestra capital, decia Numa á los Romanos, está tan acostumbrada á las armas, y de tal modo engreida con sus triunfos, que se deja bien conocer que no desea mas que engrandecerse y dominar á los demas pueblos: asi que sería muy ridiculo querer enseñar á obedecer á los dioses, amar

se combaten y se hacen dueños del estado enflaquecido con sus terribles convulsiones: el vencedor, creyendo asegurar su conquista, se convierte en un tirano: así el despotismo acaba arruinando hasta sus fundamentos la felicidad pública; así aniquila de un golpe la justicia, la libertad y las leyes. ¡Este es regularmente el escollo en que dan las naciones embriagadas con la vanidad de las conquistas! ¡de este modo, con sus injustas guerras, los grandes pueblos de la tierra no han tenido otra gloria que la fatal de arruinarse sucesivamente los unos á los otros.

Un pueblo siempre en guerra no puede ser libre, ni bien gobernado. *Marte*, dice el poeta *Timotheo*, es el tirano, y la justicia la señora del mundo. Un pueblo siempre armado es un furioso, que tarde ó temprano convierte su rabia contra sí mismo. No hay nacion que no tenga el mayor interes en el mantenimiento del orden, de la justicia y de la paz (1). Las guerras frecuentes son incompatibles con la poblacion, la agricultura, el tráfico, la industria y las artes útiles, las cuales pueden solamente hacer los estados afortunados y dichosos. La guerra, por los dispendios que exige, oprime y desalienta

» la justicia, y odia la violencia y la guerra, á un pueblo que
 » apetece mas el seguir en los combates á un General, que
 » el obedecer á un Rey en la paz ».

PLUTARCO, vida de Numa Pompilio.

(1) Plutarco llama *Divino* el amor que Nicias profesaba á la paz. Plutarco en la vida de Nicias y en la de Demetrio.

al ciudadano laborioso, entorpece su actividad, pone trabas al comercio, despuebla los campos, y arruina regularmente un reino por conquistar una fortaleza ó una provincia, antes desoladas que poseidas. *Mas deseo*, dice Marco Aurelio, *conservar un solo ciudadano que destruyera mil enemigos*. La economía de la sangre humana es la primera de las virtudes que debiera enseñarse á los soberanos, ó hacerse que la practicarán.

Si consultamos los anales del mundo, veremos que la guerra fue siempre el principio de la ruina de los imperios mas formidables, y que al parecer podian gloriarse de la mas larga duracion. Los mas vastos estados no producen á los que injustamente se han engrandecido, sino la funesta ventaja de tener continuamente que combatir nuevos enemigos, siendo los primeros los vecinos alarmados por los proyectos de los conquistadores ambiciosos. Ningun pais mejorará su suerte por las vastas conquistas; el mas grande estado es comunmente el peor gobernado. Con la estension de límites jamas los reyes han aumentado su poder verdadero, ni la felicidad de sus pueblos. *Las guerras largas*, dice Xenofonte, *se terminan siempre con la destruccion é infelicidad de ambos partidos*. Agesilao en vista de la guerra del Peloponeso, tan fatal á los Griegos, exclamó: *ó infeliz Grecia! que has hecho perecer tantos ciudadanos como necesitabas para vencer á todos los bárbaros (1)!*

(1) Plutarco, dichos notables de los Príncipes.

Las naciones belicosas tienen el delirio de sacrificar lo que poseen á la esperanza incierta de dominar, de hacer un gran papel, y de engrandecerse. Las mas vastas Monarquías que se han formado con las guerras y las victorias, se han abrumado con el peso mismo de su propia grandeza. En una palabra, bajo cualquier aspecto que la guerra sea considerada, es una calamidad aun para aquellos mismos que la hacen con los mas felices sucesos. El vencedor y el vencido entrambos quedan desolados. (1).
¿Podrá un imperio gozar de verdadera prosperidad, cuando su ambicion es causa de que los ciudadanos giman en la miseria, ó arriesguen y pierdan sus vidas solo por estender sus límites?

Aunque los príncipes y los pueblos no han llegado todavía á detestar y proscribir enteramente la guerra, la humanidad sin embargo influye poderosamente hace algunos siglos encuan to al modo de hacerla. Antiguamente los pueblos feroces mataban sin piedad á los vencidos que caian en sus manos, ó al menos les hacian sufrir el yugo de una esclavitud, á veces mas cruel que la misma muerte; mas hoy la voz santa de la humanidad se deja oír aun en medio de los combates, y unas costumbres mas dulces y sua-

(1) *Flet victus, et victor interiit.* Erasm. Apophth. — Plutarco atribuye la decadencia de Esparta á su pasion de engrandecerse y dominar sobre la Grecia; y añade, que Licurgo estaba muy persuadido de que un pueblo que quiere ser feliz, no ha menester las conquistas. Plutarco vida de Agesilao.

ves han abolido la esclavitud, porque se ha conocido que un enemigo era un hombre, y que para adquirir el derecho de ser tratado con humanidad en los reveses de la fortuna, era necesario conservar y tratar humanamente á los vencidos. *Es una bestia feroz, y no un hombre,* dice Tito-Livio, *el que se figura que la guerra no tiene sus reglas y medidas como la paz* (1).

Las injusticias de la guerra, y las desgracias que la acompañan; no son harto terribles para que los hombres reconozcan la necesidad de refrenar sus furores? Ellos en cierto modo oyen los gritos de la naturaleza que les dice que es una infamia ejercer su crueldad contra un enemigo, cuando ya no puede ofender y rinde las armas.

Mas humanos, en fin, justos y prudentes, los pueblos ponen término á sus guerras por medio de tratados, que son unos verdaderos contratos ó unos convenios reciprocos. La equidad, la buena fe y la razon debieran concurrir para que fuesen respetables estas convenciones solemnes, en las cuales regularmente las partes contratantes ponen al cielo por testigo de sus promesas; mas los hombres sin equidad no respetan al cielo: estos tratados, por lo comun arrancados por la fuerza á la debilidad abatida, ó ganados con la astucia, son casi siempre rotos

(1) *Truculenta est fera, non homo, qui in bellis nulla esse belli, ut pacis, jura censet: sed quidvis tum licere judicat, neque ea jura sanctè servat.* Tit. Liv. Histor.

ó eludidos. Mas esto no debe sorprendernos : la violencia , el fraude y la mala fe presiden ordinariamente á los empeños y tratados entre los que desconocen la rectitud ; y así la justicia se ve en la forzosa necesidad muchas veces de romper unos vínculos formados por la iniquidad. Los hombres justos y que tratan de buena fe , son los únicos que pueden adquirir unos derechos que la justicia haga sagrados é inviolables (1).

Esta ambicion tan vana y orgullosa , ¡ no se avergüenza y se confunde de ocurrir cobarde y torpemente á la mentira y al fraude para llegar á sus fines ! ¡ El perjurio , la perfidia y la traicion les parecen unos medios lícitos y honorosos á las grandes almas de esos héroes que corren á la gloria ! Lejos de nosotros semejantes ideas ; los pueblos y los reyes se desacreditan y deshonran siempre que faltan á la buena fe. Los embusteros descubiertos ya no pueden engañar , y dejan sus nombres manchados á la posteridad. La mejor política para los príncipes y los pueblos , lo mismo que para los particulares , será siempre la de ser sinceros y verí-

(1) Plutarco en la vida de *Pirro* , hablando de los políticos injustos , dice : « La guerra y la paz , nombres tan respetables , son para ellos dos especies de moneda de que usan segun sus intereses , y nunca conforme á la justicia. Mas laudables son todavía cuando hacen una guerra abierta , que no cuando disfrazan y encubren con los nombres santos de justicia , de amistad y de paz , lo que en realidad no es mas que una tregua de injusticias y de crímenes ».

dicos. Mas para serlo , es necesario ser justo , la iniquidad se vió y se verá siempre obligada á seguir sendas oblicuas y tenebrosas , incompatibles con la rectitud y la sinceridad. El que forma proyectos injustos y torpes , se ve precisado á emplear el artificio , la simulacion y los recursos viles y bajos del fraude , de la mentira y de la superchería.

Entre las pasiones que agitan á los pueblos y á los particulares se deben contar la avaricia y la concupiscencia , causas muy frecuentes de sus pependencias y usurpaciones. Así vemos naciones arrastradas de esta vil pasion , concebir el proyecto ridículo , impracticable é injusto de estancar en sus manos el comercio esclusivo del mundo. Polibio observa con mucha razon que *en los estados marítimos y entregados al comercio , nada parece vergonzoso si es provechoso y útil* : principio destructor de las costumbres y de la probidad , principio , que hace á todo ciudadano injusto ó avaro , principio , en fin , que hace venales á todas las almas. Además , la codicia de los pueblos siempre se castiga á sí misma , y frustra todos sus designios. Las guerras emprendidas de continuo para aumentar la masa de las riquezas nacionales , consumen las que se tienen adquiridas por obtener las que realmente son imaginarias ; un pueblo avaro , sacrifica incesantemente su bienestar , su reposo y su comodidad á la esperanza de enriquecerse , y se encuentra pobre y mise-

rable, cuando aspira á ser rico y opulento (1).

Por otra parte, esta misma opulencia no tarda en conducir una nacion á su ruina, porque es causa del lujo, que viene siempre acompañado de la molicie, de la disolucion y de toda clase de vicios. La codicia fue y será siempre el principio de la destruccion de los imperios. *Un estado es infeliz, cuando contiene ciudadanos ó muy ricos ó muy codiciosos* (2). Platon se negó á dar leyes á los Cireneos, porque eran demasadamente ricos. Los Arcadios y los Tebanos pidieron tambien un cuerpo de leyes á este mismo filósofo, el cual quiso establecer entre ellos una mas perfecta igualdad; mas como los ricos se negasen á esto, Platon los abandonó á su mala suerte, á sus discusiones intestinas y á sus viciós. Un gobierno da las pruebas mas claras y seguras de imprudencia y de locura, cuando

(1) He aquí la pintura alegórica que un escritor moderno hace de la política del dia: « Un coloso sin proporciones » algunas en su enorme estatura; su disforme cabeza se eleva » orgullosa y soberbia sobre un cuerpo estenuado y enjuto... » sus pies se apoyan sobre los dos mundos: en su mano derecha tiene una espada, y en la izquierda la pluma calculadora » de los tributos y la balanza del comercio: impetuosa y sensible, un soplo la agita y la pone en convulsion: todas las » partes de la tierra se estremecen á sus menores movimientos: » sin embargo fria en su furor, y metódica en sus violencias, » calcula sobre la guerra, valua los hombres con el dinero, » y pesa la sangre con las mercaderias ». *Discours sur les mœurs*, par M. Servan.

(2) Este pensamiento es de Avidio Cassio, segun lo refiere Vulcacio Galicano in vita Avid. Cassii cap. 13. Vid. *Histor. Aug. script.*, tom. 1. edit. Lugd. Batav. 1671.

inspira á sus súbditos una fuerte pasion á las riquezas, la cual por su naturaleza embebe prontamente en sí todas las demas pasiones, y hace que desaparezcan todas las virtudes necesarias á la sociedad.

Así que, las naciones, lo mismo que los particulares, sufren la pena de las pasiones de que se dejan arrastrar. Concluyamos, pues, que la moderacion y la templanza son tan necesarias á la conservacion y á la felicidad de los imperios como á la de los individuos; que la moral es la guia de los soberanos y de la nacion; en fin, que nunca la política puede impunemente separar sus intereses de los de la virtud, siempre útil á los hombres, bajo cualquier aspecto que sean considerados.

Es preciso repetirlo: la moral es una misma para todos los habitantes del mundo; los pueblos todos están obligados á observar sus deberes reciprocos; y no pueden violarlos sin perjudicarse á sí mismos. La política exterior, para ser recta y sana, debe ser la moral aplicada á la conducta de las naciones; « la política, dice » muy bien el sabio traductor de Plutarco, solo » es digna de alabanza cuando es empleada » por la justicia para obtener un fin honesto y » laudable » (1).

(1) Dacier, *Comparaison d'Alexandre et de César*, pág. 316. Este mismo autor dice en otra parte: « La sana politica » enseña que vale mas ganar á los hombres con la buena fe » que dominarlos con las armas ». Idem, *Comparaison de Phocion et de Caton*, pág. 551. tom. 6.

Si los pueblos y sus gefes diesen oídos atentos á la razon, esta les ordena que sean justos; que gocen, y dejen gozar á los otros del suelo y ventajas que el destino les ha concedido; que renuncien para siempre á esas conquistas criminales, que atraen á los conquistadores el odio del género humano; que maldigan y detesten esas guerras, que reúnen en sí á la vez todos los azotes y castigos con que los hombres se oprimen y se hacen infelices; que no recurran á lo menos á estos medios terribles, sino cuando son indispensable y forzosamente necesarios á su conservacion, á su seguridad y á su felicidad verdadera; que giman y lloren esas victorias sangrientas, compradas con las vidas, las riquezas y el bienestar de la patria; que reúnan sus fuerzas para reprimir los proyectos insidiosos de los pueblos turbulentos, ó de los soberanos ambiciosos que fijan su gloria en turbar la tranquilidad de los otros; que amen la paz, sin la cual ningún estado puede llegar á verse floreciente y dichoso; que sacrifiquen de todo corazón en obsequio de este bien tan apetecible todos los frívolos intereses, indignos siempre de ser comparados con él; que obren con franqueza, y respetén la buena fe, la cual sola puede producir y mantener la confianza; que renuncien á los efugios y rodeos de una política tortuosa, igualmente perjudicial y deshonorosa á los soberanos que á los pueblos, y que solo sirve comunmente para eternizar sus san-

grientas contiendas; que sofoquen y estingan para siempre esos odios nacionales, tan contrarios á los derechos santos de la humanidad, y á la benevolencia universal que deben mostrarse los de una misma especie; que contengan dentro de justos límites el amor de la patria, el cual se convierte en un atentado contra el género humano, cuando es injusto y cruel; que cultive y fomente cada pueblo las costumbres, la agricultura y las artes útiles y agradables; que entre sí hagan florecer un comercio justo, equitativo y mutuamente ventajoso; que se abstengan de una codicia inquieta y sin límites; y sobre todo que se preserven de los efectos destructores del lujo, el cual aniquila constantemente el amor del bien público y de la virtud para ensalzar sobre sus ruinas, los vicios, la venalidad, la injusticia, el robo, la disolucion, la indiferencia por la felicidad general, en una palabra, las disposiciones mas contrarias al bien de la sociedad.

Estas son, en pocas palabras, las verdades y preceptos que la moral enseña á todas las naciones de la tierra. Estos son los principios de la verdadera política, la cual no es otra cosa que el arte de hacer felices á los hombres. Estos principios son conocidos y adoptados por todos los príncipes instruidos, cuyos verdaderos intereses, gloria y seguridad están inseparablemente unidas al bienestar y á las virtudes de los pueblos.

Se nos habla sin cesar de la gloria de las naciones, del honor de las coronas: esta gloria solo puede consistir en un gobierno que haga dichosos á los pueblos, consiste únicamente en la felicidad pública; este honor consiste tambien solamente en merecer la estimacion de las otras naciones.

Los pueblos se deshonoran y se hacen culpables á los ojos de los otros pueblos con los mismos crímenes y las mismas acciones que hacen odiosos y despreciables á los individuos. Los atentados, las perfidias y las iniquidades de los soberanos recaen siempre sobre las naciones, que son miradas como cómplices de los excesos que ni contradicen ni reclaman. He aquí como los pueblos enteros adquieren muchas veces la reputacion de turbulentos, inhumanos, engañadores y sin fe, y como pierden la confianza, y se atraen la indignacion, el odio y el furor de las otras sociedades. Un gobierno que falta á sus empeños, y que viola sus promesas hácia sus súbditos, ó con los estrangeros, en nada se diferencia de un fallido fraudulento que arruina sus acreedores; él destruye su crédito, se priva de todo recurso, autoriza el fraude y la mala fe de sus súbditos, suscita sospechas entre ellos, y los hace despreciables á los ojos de todos los pueblos del mundo. De los soberanos depende la buena ó mala reputacion de las naciones, las cuales debieran ser infinitamente zelosas de su hora y de su verdadera gloria, como inter-

resados

resados fuertemente en ellas todos los ciudadanos. Los pueblos, como los particulares, hacen consistir su grandeza y su gloria en poder hacer daño, en dar la ley á los otros, en acumular una gran masa de riquezas, en ser injustos impunemente; en una palabra, el orgullo nacional consiste en una necia vanidad, cuando debiera consistir en la equidad, en la probidad y en un gobierno sabio, que produjese la felicidad y la justa libertad, sin las cuales un pueblo no tiene razon alguna para ensoberbecerse, ó para creerse superior á los otros (1).

Los hombres aprueban sin examen y por hábito, ó procuran imitar lo que desde su infancia han oido celebrar ó encarecer; este es el origen ordinario de las preocupaciones nacionales, de que el vulgo está imbuido, y de que aun las personas mas ilustradas con dificultad se desprenden enteramente. Nada mas á propósito para corromper el entendimiento y el alma de los príncipes y de los pueblos que la veneracion mal reflexionada que se inspira comunmente á la juventud para con los grandes hombres, los guerreros, los conquistadores de la antigüedad, que las mas veces desconocieron todos los principios de la moral. Los ayos y preceptores

(1) Habiendo oido Agesilao dar al Rey de Persia el nombre de gran Rey, exclamó diciendo: ah! ¿ como será él mas grande que yo, no siendo mas justo y mas virtuoso?

Plutarco, Dichos notables de los Lacedemonios.

imprudentes siempre hablan con énfasis de Griegos y de Romanos, presentándolos como modelos de sabiduría, de virtud y de política. Desde la mas tierna edad se aprende á reverenciar como virtudes el valor ardiente, la bárbara ferocidad, los atentados felices, así de los héroes fabulosos celebrados por los poetas, como de los grandes capitanes que sojuzgaron las naciones, é hicieron á las suyas famosas. Se representa como hombres divinos y raros á los Lacedemonios feroces, injustos y sanguinarios, á los Atenieses frecuentemente cubiertos de horrorosos crímenes, y sobre todo á los Romanos siempre prontos á violar los mas santos derechos de la humanidad, y á sacrificar todos los habitantes de la tierra á la insaciable patria, que les prescribia y ensalzaba los mas horrendos delitos.

Por estas instrucciones y documentos tan fatales, los hombres se acostumbran á respetar la violencia, la injusticia y el fraude, con tal que sean útiles á su pais, los soberanos se creen grandes cuando ellos son bastante fuertes para cometer grandes crímenes á la faz del universo; los pueblos se figuran cubiertos de gloria, cuando han sido los instrumentos viles de las iniquidades de sus gefes, los cuales bien pronto se hacen sus tiranos. Segun estas ideas, apenas se halla quien no admire y justifique al furioso Macedonio, cuya cruel temeridad trastornó el trono de los Persas; son reverenciados los

Emilios; se llena uno de admiración al solo nombre del destructor de Cartago; son aplaudidos en un César el talento y los trabajos con que, despues de haber inundado de sangre las Gaulas, se puso en estado de encadenar á sus conciudadanos.

De este modo, en los soberanos y en los súbditos se perpetúan la ambicion, la manía de hacer un gran papel, el furor de hacer temblar á sus vecinos, y la locura de las conquistas. Los ejemplos de tantos pretendidos héroes producen, de siglo en siglo, insensatos y perversos, que comunican su delirio y frenesí á sus imprudentes pueblos, y que, seguros de los aplausos, se hacen famosos con los delitos que se llaman *hazañas*; alentados con los elogios de los poetas y de un vulgo imbécil, los príncipes se creen poderosos por haber hecho mucho mal al género humano, y los pueblos se imaginan apreciables, cuando han tenido el honor de segundar con valor sus infames proyectos. La grandeza, en la opinion de los mas de los hombres, consiste en la funesta ventaja de hacer un sin número de infelices y desgraciados.

Lejos de ofrecernos por modelos á los pueblos que han destruido y aislado la tierra, la historia deberia hacernos ver que las naciones injustas han trabajado en forjarse ellas mismas sus prisiones; que las conquistas hacen tiranos, y que jamas han hecho afortunado pueblo alguno. Las leyes sábias, apoyadas en la voluntad cons-

tante de las naciones , debieran atar las manos para siempre á los potentados fogosos y violentos que , incapaces de ocuparse en el bienestar de sus propios súbditos , solo tratan de hacer sentir sus golpes á los pueblos vecinos. Un pueblo , para ser grande y respetable , debe ser feliz : ni sus ejércitos , ni sus riquezas , ni la estension de sus provincias le producirán una verdadera felicidad , efecto solamente de sus virtudes. Una nacion será poderosa y respetada , si se compone de ciudadanos sometidos á gefes virtuosos. Una nacion guerrera , turbulenta , atrevidamente codiciosa del bien de las otras , se hace objeto del odio universal , y tarde ó temprano viene á ser abatida y sojuzgada por los enemigos cuya venganza ha provocado.

CAPITULO II.

Deberes de los Soberanos.

GOBERNAR á los hombres es tener derecho de usar y emplear las fuerzas que la sociedad ha puesto en las manos de una ó de muchas personas , para obligar á todos sus miembros á que se conformen con los deberes de la moral. Estos deberes , como hemos probado antes , están contenidos en el pacto social , por el cual cada uno de los asociados se obliga á ser justo , á respetar los derechos de los otros , á prestarles los socorros que pueda , y á concurrir con todas

sus fuerzas á la conservacion del cuerpo social , bajo la condicion de que , en cambio de su obediencia y fidelidad , la sociedad protegerá su persona y los bienes legítimamente adquiridos con su trabajo é industria.

Segun los principios establecidos en esta obra , es evidente que este pacto encierra todos los deberes de la moral , pues que obliga á todo ciudadano á conformarse con las reglas de la equidad , que es la base de todas las virtudes sociales , y á que se abstenga de todos los delitos ó vicios , que son , como hemos visto , violaciones mas ó menos patentes de este contrato que comprende y liga á todos los miembros de la sociedad.

Mas! como las pasiones de los hombres les hacen perder de vista sus obligaciones y promesas , ó como su ligereza les hace frecuentemente olvidar el que su propia felicidad está unida con la de sus demas asociados , fue menester en cada sociedad una fuerza siempre subsistente , que velase sobre los miembros del cuerpo político , y fuese capaz de hacerles cumplir de continuo los deberes que pudiesen descuidar. Esta fuerza se llama *gobierno* , que podemos definir la fuerza ó poder de la sociedad , destinado á obligar á sus miembros á cumplir las promesas y obligaciones del pacto social. Por medio de las leyes el gobierno expresa la voluntad general , y prescribe á los